

Cuando el Arte duele

Teresa Prat Ten

I.E.S. Antonio de Mendoza. Alcalá la Real

*“La belleza permanece; el dolor termina pasando”
(A. Renoir)*

Los artistas no mueren. Son inmortales en su obra. Sin embargo, paradójicamente, podemos afirmar que la condición humana de estos inmortales nos ha dejado huella de su paso por la vida a través de sus diferentes estados anímicos y experiencias, que han plasmado peculiarmente en sus obras, en las que advertimos pensamientos, provocaciones, sentimientos, o debilidades que, como seres individuales que son, han tenido la necesidad de expresar.

El dolor, en sus más crueles y diferentes formas, ha convivido con estos inmortales en distintas etapas de sus vidas, adueñándose de ellos y obligándoles a mostrar su propia existencia al margen de cualquier otro condicionante político, económico o social, de los que el artista, cuando aparece el tormento de una enfermedad, se encuentra exento. Hablamos de puro dolor hecho arte.

Desde un dolor físico o mental, el artista, ese genio inmortal, no ha cesado de expresar y comunicar a través de sus creaciones todo un testimonio de vida. Limitaciones físicas, trastornos mentales, o el sufrimiento por la enfermedad ajena de un ser cercano, han hecho de sus obras el lugar donde depositar la intimidad de su dolor, el sitio al que acudir donde poder llorar y escapar del mal que les invade, como defensa ante el sufrimiento, como alivio o curación. ¿Es que el arte tiene un poder sanador? Lo cierto es, que tanta es la fuerza que tiene el arte en general, y la pintura en particular, que ni aún la falta de salud, física o mental, ha logrado jamás frenar el impulso por pintar.

Depresiones, obsesiones, alucinaciones, ideas delirantes, artritis... Es precisamente en estos momentos de angustia y desasosiego, (cuando la enfermedad se adueña del artista), en los que confluyen otros factores en la vida de estos genios que afectan a sus vivencias y a sus sentimientos, y como consecuencia, a su momento creativo. Es ahora cuando surge un nuevo escenario artístico de gran valor, con imágenes cargadas de expresividad en las que las alteraciones sensoriales como consecuencia del dolor físico o trastorno mental desde el que se trabaja, van a tener unas variadas consecuencias plásticas, como lo son las distorsiones formales, los cambios en los soportes y tamaños de las obras, la alteraciones cromáticas relacionadas con estados anímicos, espontaneidad, pinceladas rápidas, cortas y vigorosas o lentas y largas, la utilización de técnicas diferentes para poder expresarse con comodidad, la plasmación de momentos de agresividad, del horror o de temores personales en figuras deformes y monstruosas, etc.

Atrapados por el dolor, estos genios enfermos comienzan pues, una etapa artística que coincide en muchos casos con el declive de su vida, pero no de su obra, a través de la cual expresan de forma conmovedora, casi siguiendo leyes irracionales, las turbulencias de su mente y la enfermedad que convive con ellos y les tortura. Así lo muestra la pintura de Frida Kahlo, a quien al dolor de su desamor con el muralista Diego Rivera, se le sumaba el dolor por la falta de salud que padeció desde el diagnóstico de una poliomielitis y tras el desgraciado accidente de tráfico que le causó graves daños de por vida, manteniéndola inmovilizada durante un tiempo e incapacitándola para poder llevar a término sus embarazos. Hospitales, operaciones, morfina, amputación de una pierna... Es decir, dolor, tormento y aflicción que influirían en su obra para el resto de su vida.

Si el diagnóstico de los especialistas tras su trágico accidente lo decía todo (“fractura en la tercera y cuarta vértebras lumbares, tres fracturas en la pelvis, once fracturas en el pie derecho, luxación del codo izquierdo, herida profunda en el abdomen producida por una barra de hierro...”), su pintura dice aún más. Ésta es un espejo de la tortura que vivió y que Frida supo reflejar de un modo tan desgarrador, como muestran significativamente los títulos de sus obras: “Sin esperanza”, “Mantente firme”, “Columna rota”, “Pensando en la muerte”, “El venado herido”... Pese a todo, la dureza de su obra no convierte su pintura en una imagen apagada, pues la fuerza de la personalidad de la pintora, y la intensidad y pasión con la que continuó viviendo su propia vida, permanecen en toda su obra, como así sucede con los trabajos de otros genios atormentados.

Este comportamiento entusiasta y de vínculo que la pintora mexicana mantuvo hacia el arte, fue compartido también por otros pintores necesitados de la magia mitigadora de la pintura, quienes pese a sufrir también graves dolencias, no pudieron detenerse en la necesidad de expresarse mediante imágenes.

De este modo, la ataxia que afectó a Manet no le impidió seguir desarrollando su arte, como tampoco pudo la avanzada ceguera que padecía Edgar Degas, o la esclerodermia de Paul Klee. Sin embargo, todas estas enfermedades condicionaron sus modos de trabajo, bien acercándolos a técnicas de más fácil manejo, bien variando la paleta de sus obras con composiciones casi monocromáticas, o bien plasmando temas y formas que atestiguaban las tensiones físicas y mentales que afectaban a sus creaciones. Así, la artritis reumatoide que padeció Renoir al final de sus días, le dificultaría también el desarrollo de su trabajo, puesto que la excesiva delgadez que le provocaba su enfermedad le impedía permanecer sentado largos periodos de tiempo y le imposibilitaba extender los brazos con soltura, encontrándose obligado con frecuencia a solicitar ayuda para acercarse al caballete y sujetarse los pinceles a la mano mediante vendas, con lo que poder continuar trabajando, lo cual propiciaría cambios en sus pinceladas y colores.

Con el mismo afán de seguir creando hasta el último minuto de vida se encontraba también Henri Matisse, quien al igual que Renoir tuvo dificultades para seguir trabajando

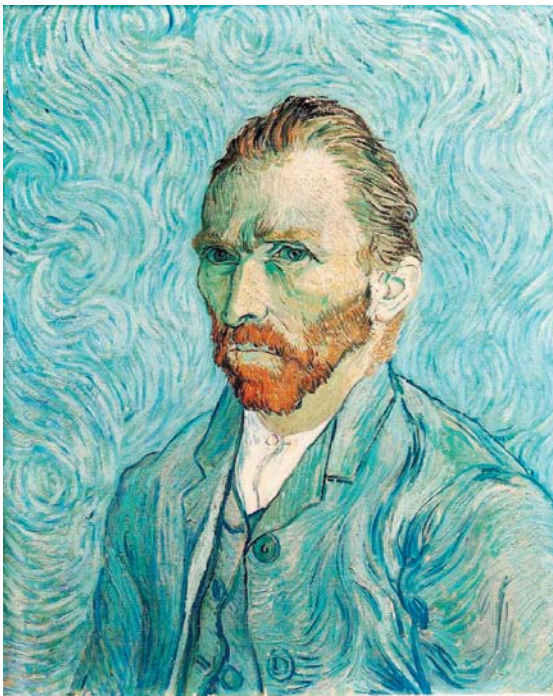


“Dos viejos comiendo” F. de Goya y Lucientes (1821-1823). Museo del Prado, Madrid.
http://en.wikipedia.org/wiki/File:Viejos_comiendo_sopa.jpg

al final de sus días. Sin embargo, también continuó haciéndolo. En este caso, desde la cama, lugar donde curiosamente comenzó su afición a la pintura, pues encontrándose convaleciente de apendicitis comenzó a pintar con la finalidad de verse aliviado de esa situación. En este caso la enfermedad fue el inicio y el fin de su relación con la pintura, pues el cáncer duodenal que le llevaría a la muerte impidiéndole ponerse de pie no fue suficiente para que se detuviera en sus creaciones. Así, apoyándose en diferentes técnicas (papeles recortados con tijeras y coloreados con gouache...) culminó su obra con el mismo entusiasmo y calidad que mantuvo a lo largo de toda su trayectoria artística.

Sin embargo, el padecimiento de una dolencia no ha sido recibido nunca de forma similar por los artistas, pues si Renoir al verse enfermo se definió como “un hombre feliz que no puede hacer ya otra cosa que pintar”, otros artistas sufrieron la dureza de su enfermedad de un modo mucho menos sosegado, pues en muchas ocasiones, el dolor físico no encuentra límite o frontera alguna, y aumenta, vinculándose a un estado anímico que puede degenerar en graves cambios en el estado mental de la persona que lo padece. Toulouse-Lautrec y Goya así lo sufrieron. En el caso del francés, la amargura y el complejo de poseer unas piernas deformes e incapaces de continuar creciendo, le empujó a una vida bohemia donde el alcohol le iría consumiendo. Las crisis alcohólicas y los ataques de delirium tremens que padeció le movieron a reproducir de memoria toda una serie de litografías que había realizado con anterioridad, con la finalidad de demostrar que sus facultades mentales permanecían intactas. Su enfermedad le condujo a un cambio de estilo en sus últimas obras, (oscuridad de los colores empleados, empaste en las pinceladas, inseguridad de trazo...), que evidenciaban el estado y las preocupaciones que le invadieron en esos últimos momentos.

Por su parte, Goya sufrió los fuertes dolores de cabeza y oídos de una enfermedad que se especula podría haber sido sífilis, o bien una intoxicación producida por el plomo de los colores, que le harían perder la capacidad auditiva. Aunque es difícil de



Vicent Van Gogh. Autorretrato, 1889.
http://en.wikipedia.org/wiki/File:SelbstPortrait_VG2.jpg



Adolf Wölfl. “Hautania and Haaverianna”, 1916.
Copyright Adolf Wölfl Foundation, Museum of Fine Arts, Bern, Switzerland.

determinar, parece ser que su sordera y grave enfermedad le influyeron en los tenebrosos tonos de sus famosas “Pinturas negras”. Profundas crisis transformarían su pintura mediante significativas temáticas de imágenes alegóricas y misteriosas, de pesimismo, preocupaciones morales y fantasías delirantes, realizadas en momentos críticos de soledad y desesperación, pero colmadas de expresivos trazos y tonalidades pardas (blancos sucios, negros, ocre, rojos sanguinolentos...), con las que se desplegaría su gran maestría técnica.

La falta de salud física, por tanto, no es la única que ha torturado a nuestros genios. Sus mentes también han sufrido enfermedades que les han llevado a desarrollar un arte cargado de imágenes alucinantes, de angustias personales, y gran autonomía del color. Las mentes psicóticas de William Kurelek, Vincent van Gogh y Adolf Wölflí, son buena prueba de ello. En sus “sobreejecuciones” e “intolerables alucinaciones” tratadas con bromuro de potasio, Van Gogh se sirvió de líneas y colores como elementos formales con los que traducir su realidad interior, mostrándonos una pintura subjetiva apoyada no sólo en la apariencia de la realidad exterior, sino en una síntesis plástica personal con la que puso de manifiesto sus sentimientos de angustia. Así, el uso de composiciones laberínticas y enigmáticas formas imaginarias que aunaban imágenes y poesía, composiciones

musicales y colores saturados, le valieron a Wölflí para calmar su violenta demencia y expresar al mundo la locura que le recluía para siempre en una clínica psiquiátrica de Berna. No debemos olvidar que este “arte que duele” es expresión de vida, sentimientos y realidades subjetivas, que modifican la percepción de los artistas haciendo emerger de lo más profundo de su persona, tonalidades, líneas y sensaciones que transmitir.

Sin embargo, el desequilibrio mental puede ser buscado por los propios artistas, e incluso, provocado. Son varios los movimientos artísticos (Surrealismo, Art Brut...), que se han visto atraídos por los delirios mentales, allá donde el genio se aviva, y la frontera entre realidad e irrealidad aparece confusa. La espontaneidad, la libertad del inconsciente, de aquello que escapa a nuestro control, bien sea causado por naturales motivos psiquiátricos, como supo admirar y valorar la corriente del Art Brut, o bien por efectos provocados sobre la conciencia, como buscaron los surrealistas, fueron determinantes en las obras de determinados artistas. De este modo, con la intención de lograr objetivar el mundo interno que cada uno de nosotros poseemos, y en un ataque a las formas de arte tradicionales, los surrealistas se valieron de métodos utilizados por la medicina como el automatismo de Sigmund Freud, (*cualquier forma de expresión en la que la mente no ejerza ningún control*)



“Goya atendido por el doctor Arrieta”
Francisco de Goya (1820).

Texto de la dedicatoria: “Goya agradecido, a su amigo Arrieta: por el acierto y esmero con que le salvó la vida en su aguda y peligrosa enfermedad padecida a fines del año 1819, a los setenta y tres de su edad. Lo pintó en 1820”.

http://en.wikipedia.org/wiki/File:Goya_atendido_por_Arrieta.jpg

para, una vez desviados de sus funciones terapéuticas, conseguir liberar el subconsciente del control de la razón, alcanzando un “estado modificado de conciencia”. La locura y los estados alucinatorios provocados por el consumo de drogas (junto con la imaginación y el azar), se valoraron como formas de expresión libre, que plásticamente se configuró en representaciones de elementos incongruentes, realidades oníricas, y figuras simbólicas de gran belleza.

Pero el dolor ajeno también visita los pinceles de los genios, haciéndolo suyo.

“Enfermedad, locura y muerte, fueron los ángeles negros que velaron mi cuna al nacer”. Éstas son las palabras con las que el noruego Edvard Munch describió las tres dianas que marcarían su vida, plasmadas después a lo largo de su obra. La muerte por tuberculosis que padecieron su madre y hermana, cuando él aún era un niño, y que le sumió en un pesimismo obsesivo que le acompañaría el resto de sus días, conduciéndole al alcoholismo y a unas crisis nerviosas que le llevarían a ser ingresado en una clínica psiquiátrica, junto con una visión desolada de la vida y angustia por las relaciones humanas, serían una constante en su vida y obra. La pintura de Munch, es expresivamente muestra de vida. Así, en “La niña enferma”, uno de los retratos con que evocaba la experiencia vivida tras la muerte de su hermana, (Sophie aparece en su lecho), el propio artista reconoció haber arañado y restregado el lienzo, rascando y disolviendo pintura, en lo que era un intento por atrapar un momento irrecuperable de una vida que se iba, como también lo intentó el suizo Ferdinand Hodler, quien sufrió terriblemente por la enfermedad de su mujer, aquejada de cáncer, representándola casi obsesivamente en todas las etapas de la enfermedad, incluso en sus momentos agónicos.

Eran genios. Y eran genios agradecidos, que dieron fama a los médicos que los atendieron consolidando una intensa amistad al dedicarles pinturas o incluso al retratarles. ¿Quién no ha oído hablar del “doctorcito” de Frida Kahlo, el Dr. Leo Eloesser, o del doctor Gachet de Vincent van Gogh? ¿Y del doctor Arrieta, de Goya? Éstos llegaron a ser los primeros admiradores y promotores de la obra de sus sufridos enfermos, convirtiéndose en algunos casos casi en mecenas de los mismos, como el psiquiatra de A. Wölfli, el doctor Morgenthaler, quien además de facilitar el material a su paciente, se iría erigiendo como el primer coleccionista de su obra e impulsor de la creación de un museo que custodiaría los trabajos del artista en Berna.

Son, y han sido muchos los artistas que han sufrido de muy diferentes maneras en el difícil camino de la vida, y que han sabido convertir su íntimo y personal dolor en patrimonio de todos nosotros, transformando la morfina en color, los delirios en hermosas líneas, la agitación, confusión, fatiga, fiebre o irritabilidad, en manchas y formas sinuosas, como lugares de la pintura desde donde poder admirarlos y respetarlos como artistas y como personas.

Sin duda, recordando a Leonardo da Vinci, “donde hay mucho sentimiento, hay mucho dolor”.



Ferdinand Hodler. Valentine Godé-Darel im Krankenbett . 1914
http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Hodler_-_Valentine_God%C3%A9-Darel_im_Krankenbett_-_1914.jpeg